

otro los contornos del seno, en aquel sus blancos hombros, en este el cuello de una joven, las manos de una mujer y las contorneadas rodillas, sin encontrar nunca bajo el cielo frío de París las ricas y sabias creaciones de la Grecia antigua. La Zambinella reunía animadas y delicadas esas exquisitas proporciones de la naturaleza femenina tan ardientemente deseadas por un escultor, que es á la vez su juez más severo y apasionado. Tenía Zambinella una boca expresiva, ojos amorosos y tez de una blancura deslumbrante, á todo lo cual, que bastaba para maravillar á un pintor, podéis unir todas las maravillas de las Venus reverenciadas y creadas por el cincel de los griegos. El artista no se cansaba de admirar la gracia inimitable con que los brazos estaban unidos al busto, la redondez del cuello, las líneas armoniosamente descritas por las cejas y por la nariz, el óvalo perfecto de la cara, la pureza de sus animados contornos y el efecto de las pestañas espesas y encorvadas que servían de remate á unos párpados grandes y voluptuosos. Aquello era más que una mujer, era una obra maestra. En aquella creación inesperada había amor bastante para cautivar á todos los hombres y bellezas dignas de satisfacer á un crítico. Sarrasine devoraba con los ojos la estatua de Pigmalion, que parecía haber descendido para él de su pedestal. Cuando la Zambinella cantó, aquello fué un delirio. El artista sintió primero frío, y después un volcán en las profundidades de su ser íntimo, en lo que nosotros llamamos corazón por no tener palabra con que expresarlo de otro modo. Sarrasine aplaudió en silencio, pues parecía sentir cierto impulso de locura, una especie de frenesí que nos agita á la edad en que el deseo tiene un no sé qué de terrible y de infernal. Sarrasine quería arrojarse á la escena y apoderarse de aquella mujer. Su fuerza, centuplicada por una depresión imposible de explicar, ya que estos fenómenos se realizan en una esfera inaccesible á la observación humana, tenía tendencias á trazarse un proyecto, un plan determinado, con una violencia vigorosa. El que lo hubiese visto lo hubiera creído un hombre frío y estúpido. Gloria, ciencia, porvenir, coronas, todo se vino abajo. — Ser amado por ella, ó morir. — Tal fué la sentencia que Sarrasine se impuso á sí mismo. Estaba tan completamente ebrio que no veía sala, espectadores ni actores, no oía más que música. Más aun, no existía ya distancia entre él y la Zambinella, la poseía, y sus ojos fijos en aquella

criatura parecían apoderarse de ella. Un poder casi diabólico le permitía sentir el perfume de aquella voz y de los polvos de que estaban impregnados sus cabellos, dejándole ver también el tejido de su rostro y hasta contar las azules venas que matizaban su satinada piel. En fin, aquella voz sonora, fresca y de argentino timbre, flexible como el hilo que obedece al menor soplo, aquella voz atacaba tan vivamente su alma, que más de una vez lanzó Sarrasine algunos de esos gritos involuntarios arrancados por las convulsivas delicias que nos producen las pasiones humanas, con demasíada escasez por cierto. A poco, se vió obligado á salir del teatro, y entonces sus temblorosas piernas casi se negaban á sostenerle; estaba abatido y débil como un hombre nervioso que se ha entregado á alguna horrible cólera; había sentido tanto placer, ó había sufrido tanto, que su vida parecía agotada, y sentía en sí un vacío y un anonadamiento semejante á esas atonías que desesperan á los convalecientes al salir de una enfermedad. Invadido por inexplicable tristeza fué á sentarse en los peldaños de una iglesia, y allí, con la espalda apoyada sobre una columna, se sumió en una meditación confusa como un sueño. La pasión le había anonadado. De vuelta á su casa, cayó en uno de esos paroxismos de actividad que nos revelan la presencia de principios nuevos en nuestra existencia. Presa de una primera fiebre amorosa que participa de placer y dolor, quiso distraer su impaciencia y su delirio dibujando de memoria á la Zambinella. Aquello fué una especie de meditación material. En una hoja de papel, la Zambinella estaba en actitud tranquila y fría en apariencia, tal como la hubieran pintado Rafael, Giorgion y todos los grandes pintores. En otra hoja volvía maliciosamente la cabeza acabando un gorgorito y en actitud de escucharse á sí misma. Sarrasine dibujó á su querida en todas las posturas: sin velo, sentada, de pie, casta ó amorosa, y realizó, gracias á la habilidad de su lápiz, todas las ideas caprichosas que son solicitadas por nuestra imaginación cuando pensamos tenazmente en una mujer amada. Pero sus furiosas ideas fueron más lejos que el dibujo. Sarrasine veía á la Zambinella, le hablaba, le suplicaba y soñaba mil años de vida y de felicidad con ella, colocándola en todas las situaciones imaginables. Al día siguiente ordenó á un criado que fuese á abonarle por toda la temporada á un palco próximo á la escena. Como todos los jóvenes cuya

alma es poderosa, se exageró las dificultades de su empresa, y procuró como primer elemento á su pasión, la dicha de poder admirar á su amada sin obstáculo. Esa edad de oro del amor, durante la cual gozamos con nuestros propios sentimientos y nos consideramos felices casi por nosotros mismos, no debía durar mucho tiempo para Sarrasine. Los acontecimientos le sorprendieron cuando estaba aún bajo el encanto de esta primera alucinación tan sencilla como voluptuosa. Durante unos ocho días vivió toda una vida, ocupado por la mañana en amasar el yeso por medio del cual iba reproduciendo á la Zambinella, á pesar de los velos, las faldas, los corsés y los nudos de cintas que ocultaban sus formas. Por la noche, instalado desde muy temprano en su palco, sentado en un sofá, se procuraba, cual un turco embriagado de opio, una dicha tan fecunda y tan pródiga como deseaba. En un principio se familiarizó gradualmente con las emociones demasiado vivas que le causaba el canto de su amada, y después acostumbró sus ojos á verla, y acabó por contemplarla sin temer la explosión de sorda rabia de que se había visto presa el primer día. Al aumentar su tranquilidad, su pasión se hizo más profunda. Por lo demás, el huranes escultor sólo sufría cuando su soledad, poblada de imágenes y adornada con los caprichos de la esperanza, era turbada por sus compañeros. Amaba con tal fuerza y tan sencillamente, que tuvo que sufrir los primeros escrúpulos que nos asaltan cuando amamos por primera vez. Al empezar á entrever que muy pronto sería preciso obrar, preguntar dónde vivía la Zambinella, saber si tenía una madre, un tío, un tutor ó una familia, al pensar en los medios de verla y de hablarle, sentía que su corazón se henchía de ideas tan ambiciosas, que aplazaba éstos cuidados para el día siguiente, considerándose feliz lo mismo con sus sufrimientos físicos que con sus placeres intelectuales.

—Pero con todo eso aun no veo á Marianina ni á su ancianito—me dijo la señora de Rochefide interrumpiéndome.

—No le ve usted más que á él— exclamé yo impacientado, como el autor á quien le destruyen el efecto de un golpe teatral.—Hacia algunos días—repuse yo después de una pausa—que Sarrasine iba á instalarse tan puntualmente á su palco y sus miradas expresaban tanto amor, que su pasión por la hermosa Zambinella hubiese sido la

novedad de todo París si esta aventura hubiese ocurrido aquí. Pero en Italia, señora, cada uno asiste al teatro por su cuenta, con sus pasiones propias y con un interés de corazón que excluye todo espionaje. Sin embargo, el frenesí del escultor no debía pasar desapercibido mucho tiempo para las miradas de los cantantes. Una noche el francés notó que se reían de él entre bastidores, y hubiese sido difícil saber lo que habría hecho si la Zambinella no hubiese entrado en escena, dirigiendo á Sarrasine una de esas elocuentes miradas que dicen á veces mucho más de lo que las mujeres quieren. Aquella mirada fué toda una revelación. Sarrasine era amado. «Si no es más que un capricho, pensó acusando ya á su amada de demasiado ardor, qué poco sabe le que hace, porque su capricho espero que durará tanto como mi vida.» En aquel momento, tres golpes dados ligeramente á la puerta de su palco llamaron la atención del artista, el cual abrió para dar paso á una vieja que entró misteriosamente, diciendo: «Joven, si quiere usted ser feliz, tenga prudencia; envuélvase en una capa, échese el sombrero sobre los ojos, y á eso de las diez de la noche procure estar en la calle del Corso, delante del palacio de España.» «No faltaré», respondió el artista, poniendo dos luses en la arrugada mano de la dueña. Acto continuo, Sarrasine abandonó su palco, después de haber hecho una seña de inteligencia á la Zambinella, la cual bajó tímidamente sus párpados como mujer feliz de verse comprendida. El escultor corrió en seguida á su casa, á fin de adquirir por medio del tocado el mayor número de seducciones. Al salir del teatro, un desconocido le cogió del brazo y le dijo al oído: «Tenga usted cuidado, señor francés, porque es cuestión de vida ó muerte. El cardenal Cicognara es su protector y poco amigo de bromas.» Aunque un demonio hubiese puesto entre Sarrasine y la Zambinella las profundidades del infierno, en aquel momento el escultor las hubiese atravesado de una zancada. Semejante á los caballos de los inmortales descritos por Homero, el amor del escultor había franqueado numerosos espacios en un abrir y cerrar de ojos. «Si la muerte me esperase al salir de la casa, aun me apresuraría á ir con más rapidez», le respondió. «¡Poverino!» exclamó el desconocido desapareciendo. Hablar de peligro á un enamorado ¿no es venderle placeres? El criado de Sarrasine jamás le había visto á su amo tan minucioso

en materia de tocado. Su hermosa espada, regalo de Bouchardon, la corbata que Clotilde le había regalado, su levita color de paja, su chaleco de paño argentino, su tabaquera de oro, sus relojes preciosos, todo fué sacado de los cajones, y se adornó como una joven que tiene que pasearse delante de su primer amante. A la hora dicha, ebrio de amor y radiante de esperanzas, Sarrasine, embozado hasta los ojos, acudió á la cita que le había dado la vieja. La dueña le esperaba y le dijo: «¡Cuánto ha tardado usted! Venga», y llevó al francés á través de varias calles, deteniéndose ante un palacio de hermosa apariencia. Una vez allí, llamó, y la puerta se abrió en seguida. Sarrasine fué conducido á través de un laberinto de escaleras, de habitaciones y de galerías que sólo estaban iluminadas por los inseguros resplandores de la luna, y no tardó en llegar á una puerta de cuyas rendijas salían vivos resplandores y en cuyo interior se oían gritos de varias veces. De pronto Sarrasine quedó deslumbrado cuando, á una palabra de la vieja, vió que era admitido en aquella misteriosa habitación, que contenía un salón tan brillantemente iluminado como suntuosamente amueblado, en medio del cual se levantaba una mesa bien servida de sacrosantas botellas y de exquisitos manjares. El escritor reconoció á los cantantes del teatro mezclados con encantadoras mujeres y dispuestos todos á comenzar una orgía de artistas que sólo le esperaban á él. Sarrasine reprimió un movimiento de despecho y procuró poner buena cara. El joven había esperado encontrarse en un cuarto mal iluminado, con su amada cerca de un brasero y un celoso á dos pasos, la muerte y el amor, confidencias cambiadas en voz baja, besos peligrosos y las caras tan cercanas, que los cabellos de la Zambinella hubiesen acariciado su frente cargada de deseos y ansiosa de dicha. «¡Viva la locura! exclamó. *Signori e belle donne*, me permitirán ustedes que más tarde tome la revancha y les demuestre mi agradecimiento por la manera como se dignan acoger á un pobre escultor». Después de haber recibido los afectuosos saludos de la mayor parte de los señores presentes, á quienes conocía de vista, procuró aproximarse á la poltrona en que la Zambinella estaba ligeramente tendida. ¡Oh! cómo latió su corazón cuando vió un lindo pie calzado con aquellas chinelas que, permítame usted que se lo diga, señora, daban antaño al pie de las mujeres una expresión

tan coqueta y tan voluptuosa, que no sé como los hombres lo podían resistir. Las medias blancas, las faldas cortas, las chinelas puntiagudas y con tacones altos del reinado de Luis XV, han contribuido tal vez un poco á desmoralizar á Europa y al clero.

—¡Un poco!—dijo la marquesa.—¿Acaso no ha leído usted nada?

—La Zambinella—repuse sonriéndome—se había cruzado descaradamente de piernas y movía la que tenía encima, actitud de duquesa que sentaba admirablemente bien á su caprichosa belleza. Había dejado sus trajes de teatro y llevaba un cuerpo que dibujaba un talle esbelto, al mismo tiempo que hacía resaltar el valor de una falda de satén bordada con flores azules. Peinada casi como se peinaba la señora Du Barry, su cara, aunque llevaba un gran sombrero, no parecía por esto menos linda, y los polvos le sentaban muy bien. Verla así era adorarla. La artista sonrió graciosamente al escultor. Sarrasine, aunque estaba descontento de no poder hablarle más que delante de testigos, se sentó cortésmente á su lado y le habló de música, alabando su portentoso talento; pero su voz temblaba de amor, de temor y de esperanza. «¿Qué teme usted? le dijo Vitagliani, el cantante más célebre de la compañía. Ande, que lo que es aquí no tiene usted que temer á ningún rival.» Después de haber dicho estas palabras el tenor sonrió silenciosamente, y los labios de todos los convidados repitieron esta sonrisa, cuya expresión tenía una cierta malicia oculta que debía pasar desapercibida para un enamorado. La publicidad de su amor fué como una puñalada que Sarrasine hubiera recibido al pronto en el corazón. Aunque dotado de una cierta fuerza de carácter, y aunque ninguna circunstancia hubiese de dominar la violencia de su pasión, tal vez no había pensado aún en que Zambinella era casi una libertina, y que él no podía tener á la vez los goces puros que convierten en cosa tan deliciosa el amor de una joven, y los fogosos entusiasmos con que una mujer de teatro hace comprar su peligrosa posición. El joven reflexionó y se resignó. La cena fué servida, y Sarrasine y la Zambinella se sentaron el uno al lado del otro con la mayor naturalidad. Durante la mitad del banquete los artistas guardaron alguna compostura y el escultor pudo hablar con la cantante, juzgándola fina y de talento, pero excesivamente ignorante, y, sobre todo, débil

y supersticiosa. La delicadeza de sus órganos se reproducía en su entendimiento. Cuando Vitagliani destapó la primera botella de champagne, Sarrasine leyó en los ojos de su vecina un miedo bastante intenso de la pequeña detonación producida por la expansión del gas. El estremecimiento involuntario de aquella organización femenina fué interpretado por el enamorado artista como indicio de una excesiva sensibilidad. Esta debilidad encantó al francés. ¡Hay tanto de protección en el amor de un hombre! «Dispondrá usted de mi poder como de un escudo.» ¿No está escrita esta frase en el fondo de todas las declaraciones amorosas? Sarrasine, demasiado apasionado para echar flores á la hermosa italiana, estaba, como todos los amantes, sucesivamente risueño, grave y pensativo. Aunque parecía escuchar á los convidados, estaba tan absorbido por el placer de estar á su lado, de tocarle la mano y de servirla, que no oía una palabra de lo que le decían. A pesar de la elocuencia de algunas miradas mutuas, no dejó de admirarle la reserva que guardó con él la Zambinella, la cual, si había empezado por tocarle el pie y excitarle con la malicia de una mujer libre y enamorada, se había envuelto de pronto en una modestia de joven, después de haberle oído contar á Sarrasine un rasgo que denotó la excesiva violencia de su carácter. Cuando la cena se convirtió en orgía, los convidados se pusieron á cantar inspirados por el Peralta y el Pedro Jiménez. Hubo allí dúos encantadores, aires de Calabria, seguidillas españolas, canciones napolitanas. La embriaguez estaba en todos los ojos, en la música, en los corazones y en las voces. Sarrasine desplegó de pronto una vivacidad encantadora, una cordial franqueza de que nada puede dar idea á los que no conocen más que las asambleas de París, los saraos de Londres ó los círculos de Viena. Las bromas y las frases de amor se cruzaban como balas en una batalla á través de las risas, de las impiedades y de las invocaciones á la Virgen Santa ó al *Bambino*. Uno se acostó en un sofá y se echó á dormir. Una joven escuchaba una declaración, sin saber que derramaba vino de Jerez sobre el mantel. En medio de aquel desorden, la Zambinella, cual si estuviese llena de terror, permaneció pensativa y se negó á beber. Había comido tal vez un poco demasiado, pero la glotonería es, según dicen, una gracia en las mujeres. Admirando el pudor de su amada, Sarrasine hizo serias reflexiones para el porvenir. «Sin duda

querrá que me case con ella», pensó. Y entonces se entregó á las delicias del matrimonio. Vitagliani, su vecino, le llenaba la copa con tanta frecuencia, que, á eso de las tres de la mañana, Sarrasine, sin estar completamente ebrio, se encontró sin fuerzas contra su delirio. En un momento de entusiasmo, cogió á aquella mujer y se la llevó á una especie de gabinete que comunicaba con el salón. La italiana iba armada de un puñal y le dijo: «Si te acercas, me veré obligada á hundirte esta arma en el corazón. Me despreciarías. Me inspira demasiado respeto tu pasión para entregarme de este modo.» «¡Ah! ¡ah! dijo Sarrasine, para extinguir una pasión es muy mal medio el excitarla. ¿Estás ya corrompida hasta el punto de que obres como una joven libertina, que aguza las emociones con que comercia?» «Pero, ¡si hoy es viernes!» respondió ella asustada de la violencia del francés. Sarrasine, que no era supersticioso, se echó á reír, y la Zambinella saltó como un corzo y penetró en el banquete. Cuando Sarrasine compareció, corriendo detrás de ella, fué acogido con una risa infernal y vió á la Zambinella desmayada en un sofá. La italiana estaba pálida y como anonadada por el extraordinario esfuerzo que acababa de hacer. Aunque Sarrasine comprendía poco el italiano, oyó que su amante decía en voz baja á Vitagliani: «Este hombre me matará.» Esta extraña escena llenó de confusión al escultor, el cual, recobrando la razón, permaneció algunos instantes inmóvil y silencioso, y después recobró la palabra y se sentó al lado de su querida, haciéndole mil protestas de su respeto. Para describirle su amor desplegó los tesoros de la elocuencia mágica, oficioso intérprete al que rara vez dejan de prestar fe las mujeres. En el momento en que los primeros resplandores de la mañana sorprendieron á los convidados, una mujer propuso ir á Frascati. Todos acogieron con vivas aclamaciones la idea de pasar el día en la casa Ludovisi. Vitagliani bajó para alquilar coches. Sarrasine tuvo la dicha de acompañar á la Zambinella en un faetón. Una vez fuera de Roma, la alegría, reprimida un instante por los combates que cada uno había librado con el sueño, renació de pronto. Hombres y mujeres todos parecían acostumbrados á aquella vida extraña, á aquellos placeres continuos y á aquel jolgorio de artista que convierte la vida en una fiesta perpetua. La compañera del escultor era la única que parecía abatida. «¿Está usted enferma?» le dijo Sarrasine, ¡preferiría volverse á

casa?» «No soy bastante fuerte para soportar estos excesos, le respondió ella; necesito grandes cuidados, pero á su lado me siento bien. A no ser por usted no hubiera asistido á esta cena, porque á mí el perder una noche me marchita mucho.» «¡Es usted tan delicada!» repuso Sarrasine contemplando las lindas facciones de aquella criatura. «Las orgías me estropean la voz.» «Ahora que estamos solos, exclamó el artista, y que no tiene usted ya que temer la efervescencia de mi pasión, dígame que me ama.» «¿Para qué? ¿con qué objeto? Le he parecido á usted bonita, pero usted es francés y su sentimiento pasará. Además, no sería usted capaz de amarme como yo deseo ser amada.» «¿Cómo?» «Puramente, sin el fin de toda pasión vulgar. Yo detesto á los hombres más tal vez que odio á las mujeres. Yo necesito refugiarme en la amistad. El mundo está desierto para mí. Soy una criatura mal-dita condenada á comprender la dicha, á sentirla, á desearla, y como tantas otras, la veo huir de mí á todas horas. Acuérdesse usted, señor, de que yo no le habré engañado. Le prohibo que me ame. Yo puedo ser para usted un amigo adicto, un protector. Sea usted todo esto para mí, pero nada más.» «¡No amarla á usted! exclamó Sarrasine. Pero ángel querido, ¡si eres mi vida y mi dicha!» «Si dijera una palabra me rechazaría usted con horror.» «¡Coquetuela! nada puede asustarme. Dime que me costará el porvenir, que moriré dentro de dos meses, que me condenaré por haberte abrazado únicamente...» Y la besó á pesar de los esfuerzos que hizo la Zambinella para cortar aquel apasionado beso. «Dime que eres un demonio, que necesitas mi fortuna, mi nombre, mi celebridad. ¿Quieres que no sea escultor? ¡habla!» «¿Y si no fuese mujer?» preguntó tímidamente la Zambinella con voz argentina y dulce. «¿Creéis que se puede engañar el ojo de un artista? ¿No hace ya diez días que te admiro y que devoro tus perfecciones? Sólo una mujer puede tener esos brazos redondos y contorneados y esas elegantes formas. ¡Ah! quieres que te eche flores!» La Zambinella sonrió con amargura, y murmuró estas palabras fijando sus ojos en el cielo: «¡Fatal belleza!» En aquel momento su mirada tuvo no sé qué de expresión de horror tan poderosa y tan viva, que Sarrasine tembló. «Señor francés, olvide para siempre un instante de locura. Yo le estimo á usted, pero no me pida amor, porque este sentimiento no existe en mi corazón.

¡Yo no tengo corazón! exclamó llorando. El teatro donde usted me conoció, aquellos aplausos, aquella gloria á la que me han condenado, es mi única vida, y no conozco otra. Dentro de algunas horas ya no me verá usted con los mismos ojos. La mujer que usted amaba, habrá muerto.» El escultor no respondía, pues se sentía dominado por una rabia sorda que le oprimía el corazón. Aquella voz llena de debilidad, la actitud, los modales y los gestos de la Zambinella, llenos de tristeza, de melancolía y de desaliento, despertaban en su alma todas las riquezas de la pasión. Cada palabra era un nuevo aguijón. En aquel momento habían llegado á Frascati. Cuando el artista tendió los brazos á su amada para ayudarla á bajar, la sintió toda temblorosa. «¿Qué tiene usted? Me haría usted morir, si supiese que yo soy para usted la causa inocente de cualquier dolor», exclamó al verla palidecer. «¡Una serpiente! Me dan mucho miedo esos horrosos animales», dijo señalando una culebra que se deslizaba á lo largo de un foso. Sarrasine aplastó de una patada la cabeza de la culebra. «¿Cómo tiene usted tanto valor?» repuso Zambinella, contemplando el reptil muerto con visible espanto. «¿Y aun se atreverá usted á decir que no es mujer?» dijo el artista sonriéndose. Después de este accidente se unieron á sus compañeros y se pasearon por los bosques de la posesión Ludovisi, que pertenecía entonces al cardenal Cicognara. Aquella mañana transcurrió con demasiada rapidez para el enamorado escultor, que pudo observar multitud de detalles que le revelaron la coquetería y la debilidad de aquella alma sin energía. La Zambinella era la mujer con sus repentinas timideces, sus irrazonables caprichos, sus instintivos presentimientos, sus infundadas audacias, sus charlas y su hechicera finura de sentimiento. Hubo un momento en que paseando por el campo la pequeña compañía de los alegres cantantes vió de lejos á algunos hombres armados hasta los dientes y cuyo traje no tenía nada de tranquilizador. Al oír las palabras «¡Son bandidos!», todo el mundo apretó el paso para ponerse al abrigo entrando dentro de las posesiones del cardenal. En aquel instante crítico Sarrasine notó la palidez de la Zambinella, que no tenía fuerza bastante para andar, y tomándola en brazos la llevó corriendo al lado de sus compañeros. Una vez en seguridad, la puso en tierra y le preguntó: «Dígame, ¿por qué me encanta en usted esa extrema debilidad, cuando en cualquiera otra mujer

me parecería horrible y bastaría para extinguir mi amor? ¡Oh! ¡cuánto la amo á usted! Todos sus defectos, sus temores y sus pequeñeces añaden no sé qué gracia á su alma. Ahora comprendo que detestaría á una mujer fuerte, á una Sapho valerosa, llena de energía y de pasión. ¡Oh! frágil y dulce criatura! ¿cómo había de ser de otro modo? Esa voz de ángel, esa voz deliciosa hubiera sido un contrasentido si saliese de un cuerpo distinto del tuyo.» «No puedo darle á usted ninguna esperanza; cese de hablar de ese modo, porque se burlarían de usted. Me es imposible prohibirle la entrada en el teatro, pero si usted me ama y es juicioso, no debe ir más. Escuche usted, señor», le dijo con voz grave. «¡Oh! cállate; los obstáculos agrandan el amor en mi corazón», dijo el artista embriagado. La Zambinella permaneció en una actitud graciosa y modesta, pero se calló como si un pensamiento terrible hubiese cruzado por su mente. Cuando se trató de volver á Roma, la cantante subió en una berlina de cuatro asientos, ordenando al escultor con aire cruel que volviese solo en el faetón. Por el camino Sarrasine resolvió secuestrar á la Zambinella. Había pasado todo el día ocupado en formar los planes más extravagantes. Al obscurecer, en el momento en que salió para ir á preguntar dónde estaba situado el palacio ocupado por su amada, se encontró á un compañero en el umbral de la puerta, el cual le dijo: «Querido mío, estoy encargado por nuestro embajador para invitarte á que vayas esta noche á su casa. Da un magnífico concierto, y tomará parte en él la Zambinella.» «Zambinella!» exclamó Sarrasine, pronunciando este nombre con delirio. «Como todo el mundo», respondió su compañero. «Si tú, Vien, Lauterbourg y Allegrain sois amigos míos, espero que me ayudaréis á llevar á cabo mis propósitos después de la fiesta» dijo Sarrasine. «¿No hay que matar á ningún cardenal, ni...» «No, no, exclamó Sarrasine, no os pido nada que no puedan hacer hombres honrados.» En poco tiempo el escultor lo dispuso todo para el éxito de su empresa, y fué uno de los últimos en llegar á casa del embajador; pero se presentó en un coche de viaje tirado por vigorosos caballos. El palacio del embajador estaba lleno de gente; así es que el escultor, que no conocía á ninguno de los asistentes, tuvo no poco trabajo para llegar al salón en el momento en que cantaba la Zambinella. «Supongo que esa mujer se habrá vestido de hombre por respeto á los cardenales, obispos y

sacerdotes ¿verdad?» preguntó Sarrasine. «¿Qué mujer?» respondió el señor á quien se dirigía Sarrasine. «La Zambinella.» «¡La Zambinella! repuso el príncipe romano. ¿Se burla usted? ¿de dónde viene? ¿acaso ha habido nunca mujeres en los teatros de Roma? ¿Aún no sabe usted qué criaturas desempeñan el papel de mujeres en los estados del papa? Señor, yo he sido el que ha dotado á Zambinella de su voz. Yo se lo he pagado todo á ese muchacho, hasta el maestro de canto; pero el maldito se ha mostrado tan poco agradecido, que nunca ha querido poner los pies en mi casa. Sin embargo, si llegase á hacer fortuna todo me lo deberá á mí.» El príncipe Chigi hubiera podido hablar cuanto hubiera querido; pero tenía la seguridad de que Sarrasine no le hubiera escuchado. Aquella espantosa verdad había penetrado en su alma y le había causado el efecto de un rayo. El escultor permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el pretendido cantante. La chispeante mirada tuvo una especie de influencia magnética sobre Zambinella, porque éste acabó por volver rápidamente la vista hacia Sarrasine, y entonces su voz celestial se alteró y su cuerpo tembló de pies á cabeza. Un murmullo involuntario de todos los reunidos que estaban pendientes de su canto acabó por desconcertarla, y entonces se sentó y dejó de cantar. El cardenal Cicognara, que había seguido con la vista la dirección que tomaba la mirada de su protegido, vió entonces al francés, é inclinándose hacia uno de sus ayudantes le preguntó el nombre del escultor. Cuando hubo obtenido la respuesta que deseaba, contempló muy atentamente al artista y dió órdenes á un cura, que desapareció á toda prisa. Entretanto, Zambinella, que se había repuesto, reanudó la canción que tan caprichosamente había interrumpido; pero la cantó mal, y á pesar de las instancias que se le hicieron, se negó á cantar nada más. Aquella fué la primera vez que ejerció aquella caprichosa tiranía que contribuyó después á hacerla célebre, tanto por lo menos como su talento y su hermosa fortuna, debida lo mismo á su voz que á su belleza. «Es una mujer, se dijo Sarrasine creyéndose solo. Veo ahí alguna intriga secreta. El cardenal Cicognara engaña al papa y á toda la villa de Roma.» Inmediatamente el escultor salió del salón, buscó á sus amigos y los emboscó en el patio del palacio. Cuando Zambinella se hubo asegurado de la marcha de Sarrasine, pareció recobrar un tanto la tranquilidad. A eso de las doce de la noche, después de haber errado

por los salones como hombre que busca á un enemigo, el cantante se dispuso á retirarse, y en el momento en que franqueaba la puerta del palacio, fué cogido por unos hombres que le amordazaron con un pañuelo y le metieron en el coche alquilado por Sarrasine. Helado de horror, Zambinella permaneció en un rincón sin atreverse á hacer el menor movimiento, pues veía ante sí la figura terrible del artista, que guardaba un silencio de muerte. El trayecto fué corto, y Zambinella, secuestrado por Sarrasine, no tardó en hallarse en un taller sombrío y desnudo. El cantante, medio muerto, permaneció en una silla sin atreverse á mirar una estatua de mujer en la cual reconoció sus facciones. No profirió una palabra, pero sus dientes castañetearon. Sarrasine se paseaba á grandes pasos, y de pronto se detuvo ante Zambinella preguntándole con voz sorda: «Dime la verdad, ¿eres mujer? El cardenal Cicognara...» Zambinella cayó de rodillas y se limitó á responder bajando la cabeza. «¡Ah! ¡tú eres mujer! exclamó el artista con delirio, porque un...» No acabó. «No, repuso, no podría ser tan bajo.» «¡Ah! no me mate usted, pues si he consentido en engañarle ha sido por complacer á mis compañeros, que querían reirse», exclamó Zambinella rompiendo en amargo llanto. «¡Reirse! respondió el escultor con voz infernal, ¡reirse! ¡reirse! ¿Te has atrevido á burlarte de la pasión de un hombre?» «¡Ah! ¡perdón!» replicó Zambinella. «Debería matarte, exclamó Sarrasine sacando su espada con violencia; pero escudriñando tu ser con un puñal ¿encontraría en él algún sentimiento que extinguir ó alguna venganza que satisfacer? Hombre ó mujer, te mataría; pero...» E hizo un gesto de asco que le obligó á volver la cabeza, y entonces se encontró con la estatua y exclamó: «¡Y esto es una ilusión!» Después, volviéndose hacia Zambinella añadió: «Un corazón de mujer era para mí un asilo, una patria; ¿tienes hermanas que se te parezcan? ¿No? Pues bien, muere; pero, no, vivirás. Dejarte la vida, ¿no es entregarte á algo peor que la muerte? No siento mi sangre ni mi existencia, sino el porvenir y la fortuna de mi corazón. Tu débil mano ha destruido mi dicha. ¿Qué esperanza puedo arrebatarte en cambio de las que me has quitado? Amar, ser amado, son en lo sucesivo lo mismo para mí que para ti palabras vacías de sentido. Me has igualado á ti. Pensaré sin cesar en esa mujer imaginaria viendo siempre en ella una mujer real, dijo señalando la estatua. Tendré siempre en la

mente una mujer celestial que vendrá á hundir sus garras en todos mis sentimientos de hombre y que me hará ver imperfectas á todas las demás mujeres. ¡Monstruo! tú que no puedes dar la vida á nada, has despoblado para mí la tierra de mujeres.» Sarrasine se sentó enfrente del asustado cantante. Dos gruesas lágrimas salieron de sus secos ojos, rodaron á lo largo de sus varoniles mejillas y cayeron en tierra; dos lágrimas de rabia, dos lágrimas ardientes y abrasadoras. «¡Ya no más amor! Estoy muerto para todo placer, para todas las emociones humanas.» Al decir estas palabras cogió el martillo y lo lanzó contra la estatua con una fuerza tan extravagante, que erró el golpe. El escultor creyó haber destruido aquel monumento de su locura, y entonces sacó la espada y la blandió para matar al cantante. Zambinella lanzó penetrantes gritos. En aquel momento entraron tres hombres, y el escultor cayó de pronto atravesado por tres golpes de estilete. «De parte del cardenal Cicognara», dijo uno de ellos. «Es un beneficio digno de un cristiano», respondió el francés expirando. Aquellos sombríos emisarios comunicaron á Zambinella la inquietud de su protector, el cual le esperaba en la puerta en un coche cerrado á fin de llevarse tan pronto como quedase libertado.

—Pero ¿qué relación existe entre la historia y el ancianito que vimos en casa de los Lanty?—me preguntó la señora de Rochefide.

—Señora, el cardenal Cicognara se hizo dueño de la estatua de Zambinella, que está hoy en el museo Albani, reproducida en mármol. Allí fué donde la familia Lanty la encontró en 1791, mandándole á Viena que sacase una copia. El retrato en que vió usted á Zambinella á los veinte años un instante antes de haber visto al centenario, sirvió después para el Endimion de Girodet, en el cual habrá usted podido reconocer el tipo de Adonis.

—Pero ¿ese ó esa Zambinella?

—Señora, aunque no sea más que tío segundo de Marianna, debe usted concebir el interés que la señora de Lanty tiene en ocultar el origen de una fortuna que proviene...

—Basta—dijo haciendo un gesto impetuoso.

Permanecimos un instante sumidos en profundo silencio.

—Bueno, ¿qué le parece á usted?—acabé por decirle.

—¡Ah!—exclamó la señora de Rochefide levantándose y paseándose por el cuarto,—me ha quitado usted el gusto de

la vida y de las pasiones por mucho tiempo. Con escasa diferencia, ¿no vienen á terminar todos los sentimientos humanos en atroces decepciones? Cuando madres, los hijos nos asesinan con su mala conducta ó con su frialdad; cuando esposas, nos vemos traicionadas; cuando amantes somos despreciadas ó abandonadas. ¿Existe acaso la amistad? Mañana mismo me haría devota si no supiese que puedo permanecer, como una roca, inaccesible en medio de las tormentas de la vida. Si el porvenir del cristiano es también una ilusión, al menos no se destruye hasta después de su muerte.

—¡Ah! le dije—sabe usted castigar.

—¿Será mía la culpa?

—Sí—le respondí con una especie de valor.—Acabando esta historia, bastante conocida en Italia, puedo darle á usted una elevada idea de los progresos hechos por la civilización actual. Hoy ya no se hacen eunucos.

—París es un suelo muy hospitalario—me dijo la señora de Rochefide.—Lo acoge todo, lo mismo las fortunas más vergonzosas que aquellas que están manchadas de sangre. El crimen y la infamia tienen aquí derecho á un asilo, sólo la virtud carece de altares. Pero las almas puras tienen una patria en el cielo. Nadie me habrá conocido... y me enorgullezco de ello.

Y la marquesa permaneció pensativa.

París, Noviembre 1850.

FACINO CANE

Á Luisa

Como testimonio de afectuoso agradecimiento.

Vivía yo entonces en una callejuela que tal vez no conozcáis; me refiero á la calle de Lesdiguières, que comienza en la calle de San Antonio enfrente de una fuente próxima á la plaza de la Bastilla, y desemboca en la calle de la Cerisaie. El amor á la ciencia me había sepultado en una buhardilla, donde trabajaba durante la noche, pasando el día en una biblioteca inmediata, en la de MONSIEUR. Habiendo aceptado todas las condiciones de la vida monástica tan necesaria á los trabajadores, vivía muy frugalmente. Cuando hacía á los trabajadores, vivía muy frugalmente. Cuando hacía buen tiempo, apenas si me permitía dar un paseo por el bulevar Bourdon. Una sola pasión me apartaba de mis hábitos estudiosos; pero ¿no implicaba también estudio? Solía ir á estudiar las costumbres del arrabal, sus habitantes y sus caracteres. Como iba tan mal vestido como un obrero, no les causaba prevención alguna y podía mezclarme en sus grupos, verles realizar sus compras y discutir á la hora en que dejan el trabajo. La observación se había hecho en mí instintiva, llegaba al alma sin descuidar el cuerpo, aprehendía los detalles exteriores, me procuraba la facultad de asimilarme la vida del individuo en quien me fijaba y me permitía substituirle, del mismo modo que el derviche de las Mil y una noches tomaba el cuerpo y el alma de las personas sobre las cuales pronunciaba ciertas palabras.